



JULIO CÉSAR CANO



LA SOLEDAD
DEL PERRO



MAEVA | NOIR





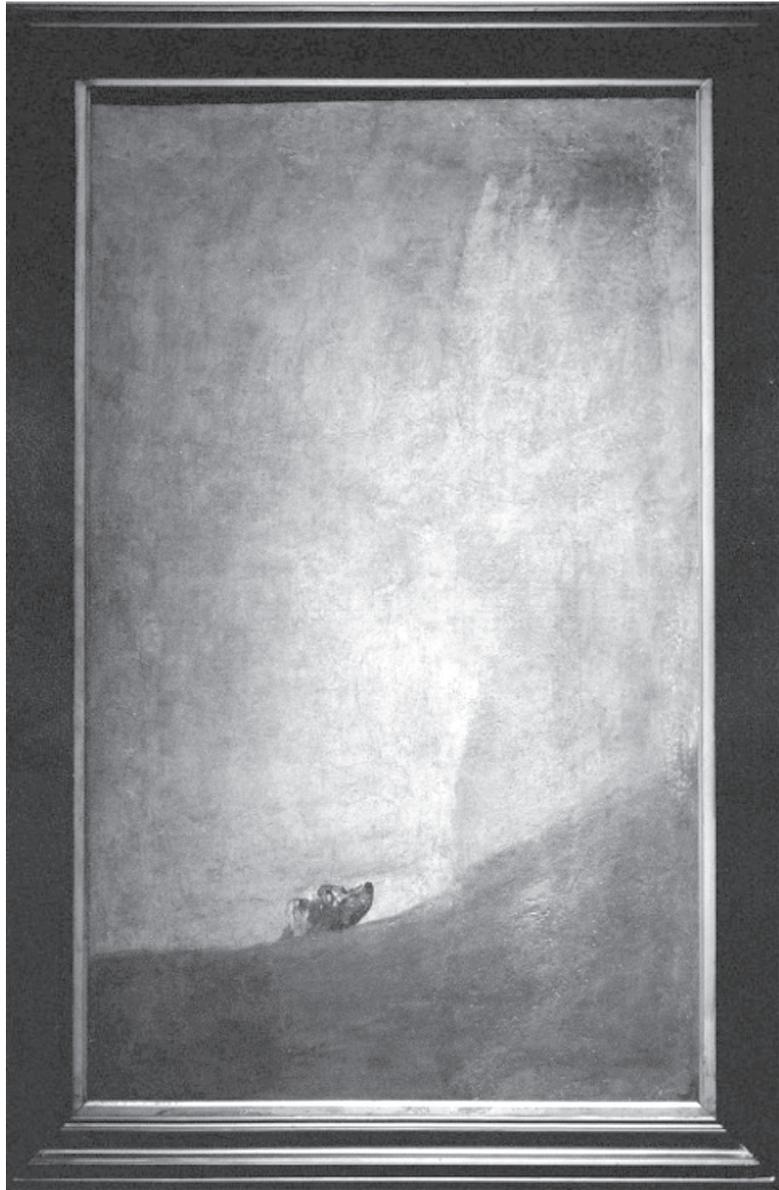
*A Esther y Julia.
Juntos somos invencibles.*





Escenarios de la novela







«Nadie se conoce. El mundo es una farsa,
caras, voces, disfraces; todo es mentira.»

FRANCISCO JOSÉ DE GOYA Y LUCIENTES

«Francamente, no veo nada sucio en el deseo
de ganar lo más posible y cuanto antes.»

El Jugador

FIÓDOR DOSTOIEVSKI





SENTÍA UN MIEDO atroz. Una sensación lúgubre que lo paralizaba. La incertidumbre se cernía al caer la noche y se acentuaba al despuntar el día. Miedo de las sombras y las luces. Tenía miedo de no saber a qué temía. Terror al olvido y a la soledad. Miedo a lo desconocido.





LAS IMÁGENES PARECEN tan reales que le sorprende que no se materialicen. Las ve pasar ante sus ojos como si se tratara de una película inédita, como algo ajeno, como si él mismo no fuera el maldito protagonista de la historia.

Su padre está borracho. Su madre tira de él, lo arrastra por la acera. Quiere llegar a casa cuanto antes para librarse del bochorno que la acosa. Soporta estoicamente las miradas reprobatorias, la conmiseración de los que se cruzan en el camino y la lástima que sus ojos proyectan. «Pobre mujer», lee en los labios de una anciana que pasea un perrillo tan viejo como ella. Su padre es un hombre alto que pesa lo suyo. Llevarlo a empujones hasta el piso supone un gran esfuerzo. Su madre lo ha hecho en demasiadas ocasiones, a juzgar por la cara de hartazgo y desesperación.

El vecino del entresuelo vive solo, su esposa murió dos años atrás. Recordaba el luto y el trasiego de las vecinas para llevarle alimentos cuando se negó a comer. Sale al descansillo al oír el estrépito. Se apoya en la barandilla y resopla. Es corto de estatura, pero tiene la espalda ancha y sus brazos son fuertes. Se sube las mangas de la camisa por encima de los codos y baja deprisa los cuatro escalones.

Agarra al borracho con decisión y entre los dos lo cargan como un fardo inerte en el ascensor. Suben hasta el tercer piso y repiten la maniobra en sentido inverso. El vecino sabe que el mayor de los problemas no es el alcohol que el hombre ingiere sin medida; aquello es solo una consecuencia más de su verdadero problema. Y, por





eso, cuando ayuda a su mujer a llevarlo hasta la habitación de matrimonio y lo dejan caer en la cama, le pregunta:

—¿Por qué juegas? ¿Por qué apuestas el dinero de tu familia?

Con la voz más clara de lo que cabría esperar en su estado de embriaguez, el hombre responde:

—Con apuestas es todo más divertido.

A continuación, cierra los ojos, echa la cabeza hacia un lado y comienza a roncar.

Un niño, que resulta ser él mismo, observa la escena desde el umbral. La penosa imagen de su padre representa todo lo que no debería ser cuando fuera mayor. El problema es que él se siente atraído por aquello. Y su madre teme que se convierta en lo mismo. O quizá en alguien mucho peor.

Cuando el vecino se retira y ella lo acompaña hasta la puerta para darle las gracias, el niño se acerca al lecho en el que su padre duerme la borrachera. Se sienta a lado de la cama y lo observa con extraña admiración.

—Papá... —le susurra. El padre mueve la cabeza y abre unos ojos hinchados—. Hoy he apostado en el colegio.

El hombre sonrío con la boca torcida y un hilillo de saliva le cae por las comisuras.

—Habrás ganado, ¿no?

—He perdido... —admite cabizbajo.

El borracho se incorpora con dificultad hasta sentarse en la cama.

—Ven —le dice, y el niño se acerca.

Y entonces, sin previo aviso, le propina un bofetón tan violento que consigue tirarlo al suelo. De forma instintiva, el niño se lleva una mano a la oreja.

Un zumbido penetrante le perfora el oído. Un dolor que nace en el tímpano y termina en la parte superior del cerebro. Un pitido largo y agudo, persistente, insoportable.

El padre se desliza hasta quedar de nuevo tumbado y vuelve a cerrar los ojos. Ronca, como antes, pero el hijo ya no lo percibe.

Sin retirar la mano de la oreja golpeada tuerce el cuello por efecto del dolor. Y se da cuenta de que ya no puede oír.





1819

Francisco José de Goya y Lucientes

La Quinta del Sordo

TENÍA SETENTA Y tres años, estaba sordo, enfermo y decepcionado con el horizonte político del país cuando adquirió una casa próxima al río Manzanares. Para decorar los muros interiores pintó al óleo paisajes rurales, ambientes campestres que modificó brutalmente un año después hasta convertirlos en imágenes terribles de muerte y desolación. Un panorama tétrico poblado de seres desquiciados, de monstruos psicóticos, de locos grotescos, decrepitos y decadentes. El resultado fueron catorce obras en las que el genio plasmó su dolor y desesperanza. Nacieron así las llamadas *Pinturas negras*. Utilizó recargadas masas de materia para eliminar las amables pinceladas originales hasta convertirlas en el catálogo más sobrecogedor del arte español. La violencia, la soledad, el abandono o la tristeza lo llevaron a crear sombrías visiones de una alta complejidad, enigmas pictóricos jamás resueltos; una serie de pinturas adelantadas a su tiempo en las que el terror juega su baza más destacada. *Saturno*, *Duelo a garrotazos*, *El aquelarre*, *Dos viejos comiendo*, *Las Parcas*..., hasta completar las catorce obras maestras entre las que destaca, por su aparente simplicidad, la llamada *Perro semihundido*.

En el cuadro se distingue a un can atrapado entre empastes de tonos marrones, del que únicamente vemos la cabeza de perfil y un solo ojo con el que mira aterrorizado algo que quizá se encuentre más allá de los límites del marco. No hay amo del perro en la pintura, tampoco ningún depredador. Sin embargo, el miedo queda patente en su sobrecogedora mirada. ¿Qué teme el perro? ¿Qué fuerza cautiva su atención? ¿Está atrapado o simplemente se oculta





de un poder espectral? Tierra, humo, ceniza, barro... ¿Qué asedia al animal? ¿Qué implora? ¿De qué sería capaz para liberarse de semejante trance?

Goya se llevó el enigma a la tumba. Tal vez fuera lo mejor para las nuevas generaciones ávidas de arte; de lo contrario, hubiera quedado resuelta una de las más grandes incógnitas de la pintura española, y los innumerables visitantes del Museo del Prado no podrían apostar qué fenómeno hostiga a ese perro atrapado en un mundo de infinita soledad.





1

Jueves, 20 de noviembre de 2008
Madrid

LA PERSISTENTE CORTINA de lluvia imprimía una pátina brumosa a la vasta edificación del Museo Nacional del Prado. A las ocho y media de la tarde las salas estaban por fin vacías de visitantes; sin embargo, no era precisamente el silencio lo que reinaba en el edificio. Personal de limpieza, vigilantes de seguridad, técnicos de mantenimiento y los últimos guías transitaban por los pasillos, satisfechos tras haber concluido otra jornada laboral. En el exterior, un grupo rezagado de turistas disparaba fotografías al amparo de los paraguas, resistiéndose a abandonar el extraordinario edificio.

En la sala donde se exhibía el conjunto de las escenas pertenecientes a la obra de Francisco de Goya, popularizada con el nombre de *Pinturas negras*, había más ajetreo del habitual. Media docena de operarios, acompañados de otros tantos profesionales del transporte de obras de arte, trabajaban bajo la supervisión del conservador de Patrimonio Nacional para adecuar el traslado de una de las pinturas hasta Castellón de la Plana, donde sería expuesta en el Real Casino Antiguo de la ciudad. La inusual iniciativa estaba patrocinada por Carlos Sorli, un acaudalado empresario castellonense con una dilatada trayectoria como coleccionista de arte.

Un guía especializado en las *Pinturas negras* frunció el ceño; los compañeros estaban convencidos de que en su fuero interno estaba en total desacuerdo en que el museo sucumbiera a los caprichos de un ricachón.

Examinó el cuadro con verdadera admiración, como si fuera la última vez que lo pudiera contemplar. Se trataba de una de las pinturas que habían formado parte de la decoración de la Quinta del





Sordo. De no haber sido por la intervención de un pudiente barón francés que decidió rescatarlas antes de que la casa fuese derruida, se hubieran perdido para siempre. Las pinturas significaron un cambio importante respecto a los anteriores trabajos de Goya; reflejaban su estado de ánimo en aquella época. Cada una de las pinturas se identificaba con valores o sentimientos negativos.

—Todo listo —escuchó que alguien decía a su espalda—. Cuando quiera llevamos la caja al camión.

—Adelante —confirmó el conservador, tres pasos más allá.

Las palabras lo sacaron de sus cavilaciones. Contempló la sólida caja metálica en cuyo interior se encontraba la pintura en la que Goya había empleado pigmentos ocres y un acusado tono enigmático y pesimista. Como el que revoleteaba en su interior. Como la pugna entre un mal presagio y una buenaventura.

—CLARO, A LOS cincuenta y tantos ya nada debe ser lo mismo, ¿verdad?

La voz de la joven sonó como el látigo del verdugo en el cadalso.

Estaban en un bar de la calle Alcalá, junto a la Casa Árabe y el Parque del Retiro. El local pretendía ser moderno y, a juzgar por la clientela, el mobiliario y los precios lo habían conseguido. Monfort había hecho un comentario trivial sobre que a su edad convenía dosificar las emociones. Sonaba un disco de Diana Krall que hubiera preferido escuchar sin interrupciones. Le gustaba disfrutar de la música, y si le hablaban no lograba concentrarse ni en una cosa ni en la otra. Y por esa razón había perdido el compás del piano y el ritmo de la conversación.

Era joven y muy atractiva, llevaba el pelo recogido y con ello acentuaba un perfil delicado y sensual. Tenía los ojos grandes y oscuros, y una mirada líquida que intimidaba a cualquiera. Su tono de voz era monocorde, gesticulaba ostentosamente al hablar y trataba de elevar el volumen por encima de la cantante canadiense. Ya le había advertido a Elvira Figueroa que no era buena idea elegirlo precisamente a él para que la acompañara, pero la jueza había hecho caso omiso.





La sobrina de Elvira vivía en Madrid. Acababa de romper con un novio que le había sido infiel con su mejor amiga. Relató con toda suerte de detalles innecesarios la forma en que los sorprendió en la cama que ambos habían compartido horas antes. A continuación, narró lo que ella misma tildó de «verdadero infierno», pero que en realidad se trató de una retahíla de insultos y una profusión de reproches para acabar en una impetuosa reconciliación a base de sexo sobre la isla de la cocina y un fin de semana en un hotel de lujo en Londres. Aunque, según sus propias palabras, al volver del viaje se la volvió a pegar.

Dio un golpe sobre la mesa tras soltar lo que pensaba de aquel que le había jurado amor eterno y medio local se volvió a mirar. Olía a perfume sofisticado, vestía marcas de renombre y lucía un moreno envidiable, pese a estar a finales del mes de noviembre en un Madrid que no superaba los cuatro grados.

Monfort levantó las manos apelando a la calma. Apuró de un trago el whisky que quedaba en el vaso. Una lástima desperdiciar de tal forma un excelente Macallan Double Cask de doce años.

—¿Te apetece cenar con nosotros? —le preguntó, arrepintiéndose inmediatamente en cuanto hizo un gesto afirmativo con la cabeza. El problema no era ella. Hubiera sido una excelente compañía para cualquiera que no fuera él.

Había quedado con Elvira en aquel lugar cercano al hotel en el que se alojaban, pero se retrasaba de forma alarmante. Madrid era, a aquellas horas, una ciudad tomada por los amantes de la gastronomía, y conseguir mesa para cenar se antojaba poco menos que una odisea. Confiaba en que lo hubiera hecho ella.

Se excusó con el pretexto de salir a fumar, y cuando estuvo en la calle la llamó.

—¿Dónde estás? —le preguntó.

—En un puñetero taxi —profirió Elvira—. Aunque parece que todo el mundo ha decidido coger uno a la misma hora que yo. ¿Qué tal con Adelaida? —Monfort reprimió el exabrupto y observó a la joven dentro del local, que en ese momento regresaba de la barra tras pedir otro whisky para él y lo que iba a ser su tercer mojito.





— Ah, bien, bien... — Aquella respuesta que igual podía dar a entender que estaba encantado, o todo lo contrario.

— Te habrá puesto la cabeza como un bombo de Calanda con su novio mujeriego y ricachón.

— No, qué va... — Mintió, y escuchó la risotada al otro lado del teléfono; el taxista se habría salido del carril al oírla, pensó.

Mientras sostenía el teléfono pegado a la oreja y del interior del local le llegaba la voz de Diana Krall, observó a la sobrina de Elvira entrechocar el cristal de su vaso con el de un joven que se le había acercado. A continuación, Adelaida bebió de la pajita del mojito hasta que los carrillos se estrecharon dejando a la vista unos provocativos labios fruncidos. El joven mutó el semblante; la noche había empezado bien.

— ¿Dónde has reservado para cenar? — preguntó Elvira.

Joder, confiaba en que ella se encargaría de eso. Al fin y al cabo, él se había brindado a acompañarla por la convención de magistrados a la que debía acudir, y además había accedido a quedarse con su sobrina mientras solucionaba unos asuntos en el ministerio. Esperaba que lo tuviera todo debidamente programado, tal como acostumbraba. Y eso incluía la cena.

— ¿Te parece bien en Casa Lucio? — improvisó.

— ¡Perfecto! — exclamó Elvira rememorando los míticos huevos estrellados, los callos a la madrileña o la perdiz estofada, platos insignes del castizo restaurante — . Me muero de hambre. ¿A qué hora vas a reservar la mesa?

El intenso frío de Madrid desapareció de repente. Monfort cambió el peso de un pie a otro, consideró el lío en el que se había metido y cómo iba a arreglárselas para salir de él. Reservar allí una mesa para el mismo día era una utopía. Consultó la hora en su reloj de pulsera: eran las ocho y media.

— A las diez — volvió a improvisar.

— Estupendo. A ver si consigo llegar a tiempo de una vez y me tomo algo con vosotros antes de ir a cenar — . ¡Oye! — Se dirigió ahora al taxista de forma categórica — : ¿Se puede saber qué haces? Te he dicho a la calle Alcalá, no a Pernambuco; no des rodeos ni hagas cosas raras. Cuando tú naciste yo ya cerraba los bares de esta ciudad.





EN EL CÉLEBRE restaurante de la Cava Baja no había mesa libre para cenar. Cuando ya estaba a punto de agotar el repertorio de milongas decidió que debía atajar de forma drástica, a menos que quisiera quedar como un papanatas poco galante y embustero.

— Verá... Le llamo en calidad de acompañante de la magistrada doña Elvira Figueroa. Llamo de su parte y, que quede entre usted y yo, ella ha olvidado hacer la reserva. Suele ir a su bendita casa con otros altos cargos del Ministerio de Justicia, ya sabe... — Si lo hubiera tenido delante habría acompañado sus palabras con un guiño; sin embargo, lo que escuchó fue un silencio demasiado prolongado.

— Déjeme ver... — dijo el hombre con tono de hartazgo, haciendo excesivo ruido al pasar las páginas de lo que debía ser el libro de reservas—. Lo siento, hoy es del todo imposible, hay lista de espera y no se nos permite hacer excepciones, entiéndalo.

— Ya, pero... entiéndame usted a mí — insistió Monfort con el horizonte de la cena plagado de nubes grises—. Ella espera que consiga la reserva.

El hombre exhaló un suspiro al otro lado de la línea telefónica.

— No puedo, de verdad. Me sabe mal, ya me gustaría poder atenderle, créame. Llaman muchos clientes con el mismo problema y no nos queda otro remedio si no hay mesas libres. — Tenía un ligero deje aragonés. Sus palabras eran sinceras, y quizá por ello le salió de forma natural el acento de su lugar de origen.

Estaba a punto de darle las gracias de todos modos y colgar cuando se abrió la puerta del bar y Adelaida apareció en el umbral con su nueva adquisición masculina.

— ¡Inspector Monfort! — gritó—. ¡Quiero presentarle a un amigo!

— Un momento, que estoy al teléfono — dijo con cierta aspereza; hubiera preferido que la joven no pregonara su cargo en público.

— ¿Inspector Monfort? — Escuchó ahora de boca del encargado de Casa Lucio, que no había cortado la comunicación.

— Sí, soy yo — admitió sorprendido.

— ¡Jodó! ¡Haber empezado por ahí!

Monfort estaba aturdido. Temía perder la oportunidad de quedar como un caballero invitando a Elvira al famoso restaurante, y





encima Adelaida esperaba que estrechara la mano de aquel que, en realidad, hubiera preferido estrechar la cintura de avispa de la joven.

—¡Mi hermano es el subinspector Solano! —continuó el hombre del restaurante—. Sé que fueron compañeros en Barcelona. Me habló mucho de usted en su día. ¡Qué fuerte! ¡Vaya casualidad!

Al ver que Monfort se inclinaba por continuar con la llamada, Adelaida optó por arrimarse al joven, regresar al interior y olvidarse de las presentaciones, al menos de momento.

El inspector conocía bien al subinspector Solano, de la Jefatura de Policía de Vía Laitena, en Barcelona. Habían trabajado en un buen número de investigaciones. Un compañero ejemplar y expeditivo con el que había resuelto algunos casos complicados. Era un aragonés de pura cepa que no echaba de menos su tierra porque vivía como si nunca hubiera salido de allí. Se trataba del mismo policía que colaboró con Monfort cuando, en uno de los casos en los que se ocupaba en Castellón, le pidió que investigara los pasos de un sospechoso en Barcelona. El sarcasmo y la ironía de Solano no tenían rival, y su apetito voraz sorprendía al inspector cada vez que debía invitarlo a comer tras haberle echado una mano.

—¿Sigue ahí? —preguntó el de Casa Lucio.

—Sí, claro, pensaba en su hermano. ¿Qué tal está?

—Pues bien, pero se pone de mala leche cada vez que los médicos le advierten que deje de comer como un animal si no quiere acabar antes de hora en el cementerio de Torrero.

Monfort sonrió. Se refería al histórico camposanto de Zaragoza. Se imaginó al subinspector describiendo las delicias de un jugoso cordero lechal que los aragoneses sabían preparar, según él, como nadie más en el mundo.

—Me alegro de la coincidencia —aseveró Monfort—. Dele un abrazo de mi parte cuando hable con él.

—Lo haré, no lo dude, le tiene en gran estima. Nos pega la paliza con las batallitas que se corrieron juntos en los barrios chungos de Barcelona.

Monfort volvió a sonreír. Fantaseó con un rostro parecido al de Solano, pero vistiendo la chaquetilla blanca de Casa Lucio.





— Bueno, dejemos de *charrar* — advirtió el hombre con su característica entonación. — ¿A qué hora quieren venir a cenar y cuántos son?

— A las diez. Tres personas. — Lo dijo a toda prisa y contuvo la respiración al obrarse el milagro.

Tras despedirse con el ánimo de saludarlo personalmente, colgó y encendió otro cigarrillo del que se creía merecedor. Tenía los dedos helados. Quería hacer tiempo fumando mientras Adelaida mostraba su repertorio de posturitas al joven que en ese momento ocupaba su taburete. Su Macallan, aguado por la espera, había quedado relegado a ser un mero espectador.

Un taxi frenó bruscamente junto a la acera y lo sobresaltó. Se abrió una de las puertas traseras y del interior surgió la figura imponente de Elvira Figueroa, que con su porte caldeó el tramo entre el bar que pretendía ser moderno y la cercana Puerta de Alcalá.

En el interior, Diana Krall susurraba a los oídos de los bebedores *Just the way you are*. Tal como eres.

EL APARTAMENTO SE hallaba en el número seis de la calle de la Farmacia, una estrecha vía que comunicaba las populares calles de Fuencarral y Hortaleza, a escasa distancia de la bulliciosa Gran Vía madrileña.

Sergio Bayo colgó el abrigo en la percha de la entrada y encendió una lámpara de pie que apenas ofrecía una luz tenue. El apartamento estaba sumido en un enorme caos. Esparcidos por la estancia había todo tipo de utensilios de pintura y algunos caballetes en los que reposaban lienzos sin terminar. Por el suelo había soportes para esbozos rápidos, ceniceros atestados de colillas o cajas de cartón de comida preparada, de pizzas, en su mayoría que habían acabado siendo utilizadas como improvisadas paletas para pintar. En las paredes había reproducciones de obras clásicas clavadas con chinchetas. Sacó una cerveza de la nevera, la abrió y medió la botella de un solo trago. A continuación, prendió un cigarrillo. La cocina, meramente testimonial e insertada en un mueble de fornica barato,





dejaba a las claras la necesidad de una limpieza a fondo. La pila contenía vasos y platos con restos de comida de días atrás.

Extrajo una lámina del interior de un tubo de cartón. La fijó en un bastidor y la colocó sobre un caballete junto a uno de los cuadros inacabados. Representaba el *Perro semihundido* de Goya. Observó la reproducción por tiempo indefinido, caviloso, escrutando hasta el último detalle.

Era su obra preferida de entre todas las que ocupaban sus días como guía en el museo. Jamás se cansaría de admirar los trazos que muchos calificaban de sencillos y que, sin embargo, eran todo lo contrario. Era una pintura enigmática, convulsa, revolucionaria para la época. Algunos expertos en arte creían que la expresión del cánido podría representar la soledad. Él pensaba, además, que la figura encarnaba rendición, tristeza y humillación. Una terrible sumisión. El miedo en todas sus acepciones.

La noche avanzaba con sigilo y los escasos momentos de silencio colmaban de matices el desordenado apartamento. Sin dejar de admirar aquello que tenía delante, escuchó su propia respiración, luego una puerta que se abría en un piso superior para cerrarse a continuación; después el trajín del ascensor, como una bestia mecánica incapaz de descansar. Una pareja discutía en la calle, sus voces se acercaron y pronto se perdieron hasta enmudecer en un eco irreconocible. La noche tenía sus propios sonidos, también intervalos de silencio, algunas sorpresas y un escaso sosiego. El destello ambarino de las farolas del exterior proporcionaba un extra de genialidad a la obra. ¿Qué observaba el perro? ¿Adónde dirigía su temerosa mirada? Raras veces un solo ojo había transmitido tantas incógnitas.

Sergio Bayo consultó la hora. El furgón con el cuadro estaría ya en la carretera, de camino a Castellón de la Plana.

Llamaron al teléfono móvil. No se sobresaltó. Cumplir lo pactado no le había supuesto un gran esfuerzo, ni riesgo tampoco. Confía en sí mismo. Conseguiría dejar atrás aquel lugar infecto. Y, sin embargo, le temblaron las manos cuando atendió la llamada.

